



Memoria

Universidad de Antioquia: protagonista y testigo

La emisora

Por: Alba Lucía Henao Torres

En la década de los treinta, los párrocos de las iglesias de la pequeña ciudad de Medellín no tenían ya problemas para mantener los relojes de sus torres a la hora correcta: sintonizaban la Emisora Cultural de la Universidad de Antioquia. La señal de inicio de emisión era el sonido de un hacha cortando leña —como símbolo de la verdad—, y la señal de identificación del cambio de hora era el sonido del reloj que había en el primitivo estudio; cada hora, el micrófono recogía las campanadas del reloj —una parodia del Big Ben de Londres— y las emitía en directo.

Sólo había transcurrido un decenio desde que la radio se había constituido como servicio regular en los países más desarrollados del mundo, y ya Medellín contaba con una emisora: la primera emisora cultural de Colombia y la primera emisora universitaria de América Latina. La emisora nació en 1933, como fruto de la experimentación física de dos profesores de esa materia, José J. Sierra y Próspero Ruiz, que unieron su entusiasmo investigador al de varios estudiantes y montaron una emisora casera de onda corta. La primera sorpresa fue que ese artesanal intento traspasó no solo las fronteras de la ciudad, sino también las del país, y logró hacerse escuchar en más de dieciocho países, según testimonia José J. Sierra, primer director de la emisora, en el número de enero de 1937 de la Revista Universidad de Antioquia.

El rector de la época, Clodomiro Ramírez, se sentaba en la ventana de su oficina con el equipo de onda corta y, acompañado por radioaficionados de la ciudad, se comunicaba con sus similares del mundo entero, desarrollando diálogos e intercambios sobre los más distintos campos del saber. Estos diálogos eran escuchados por los párrocos y todos los demás oyentes de la incipiente emisora, que ya desde ese entonces reflejaba las principales corrientes del pensamiento y de la ciencia de las cuales se nutría. En aquella época, José J. Sierra escribió:

Ha llegado el momento en que la luz del Alma Máter se coloque sobre el candelabro para que brille e ilumine a todos los de la casa, no es justo que su enseñanza se circunscriba al área del aula, desperdiciando un elevado porcentaje del poder instructor de su doctrina. El pensamiento y la idea necesitan volar como el ave y correr como el viento, pero en la Universidad encontrarán la aceleración de la luz cabalgando sobre el electrón.

Y continuaba: “Estas estaciones puestas en manos activas y servidas por profesionales de todos los ramos: medicina, derecho, artes, comercio, matemáticas, pedagogía, tienen un poder de penetración y de conquista en el espíritu, incomparablemente superior a toda otra campaña que en persecución de la divulgación científica se pueda emprender. Necesitamos cultura y más cultura”.

Desde su nacimiento, la emisora se constituyó en “la voz de la Universidad”, y no sólo comenzó a ofrecer cultura y más cultura, sino que también se perfiló como reflejo vivo de la cotidianidad universitaria, en campos como la investigación, la vida académica, el pensamiento o las manifestaciones artísticas. Y además como reflejo de algo muy importante: la relación de la Universidad con la comunidad a partir de entonces, y hasta hoy, luego de casi sesenta y cinco años; la emisora pasó a ser el medio masivo de mayor cubrimiento y permanencia en esa relación, pero, sobre todo, el principal testigo del crecimiento y los aportes de la Universidad a la vida del país.

Y testigo de la historia colombiana. Una historia conflictiva que se ha cruzado con la vida de la Universidad y, por supuesto, de la emisora. El 9 de abril de 1948, día del asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, los transmisores fueron apagados y se evitó que se difundiera lo que estaba ocurriendo.

En 1965, cuando la emisora funcionaba en la plazuela de San Ignacio, estudiantes de la Universidad que realizaban una protesta por la invasión de Estados Unidos a la República Dominicana se trenzaron en un fogoso enfrentamiento con la policía, en el que la peor parte no la llevaron los estudiantes ni la fuerza pública, sino la modesta sede de la emisora, que resultó bastante averiada.

Tomas guerrilleras, dos cierres oficiales —uno de ellos por parte del entonces gobernador de Antioquia, Óscar Montoya, en represalia por un programa sobre la masacre de las bananeras— y las voces de polémicos protagonistas de la vida nacional, como Camilo Torres o Gonzalo Arango, e internacional, como Salvador Allende, muestran el vínculo vivo de la emisora con la vida del país. Y del mundo.

Pero no sólo pasaron las voces polémicas. Los micrófonos de la emisora se abrieron para dejar fluir las pausadas voces de Jorge Luis Borges y Pablo Neruda, la encendida de Ernesto Sábato o la juvenil de Mario Vargas Llosa. Y las voces de los colosos locales; León de Greiff, Ciro Mendía o Manuel Mejía Vallejo.

La actualidad en materia cultural ha sido una de las preocupaciones constantes de la emisora. Los grandes debates del pensamiento —políticos, filosóficos, académicos, literarios, artísticos— han pasado por su frecuencia casi de manera simultánea a su discusión en otros países.

Capítulo especial merece el tema de la música. Desde la primera gran adquisición de mil quinientos discos en 1945, con las grandes obras de los compositores clásicos, la Emisora Cultural de la Universidad de Antioquia ha tratado de mostrar las diferentes corrientes musicales de una manera pedagógica.

En 1945 era una verdadera novedad escuchar las sinfonías de Beethoven interpretadas por las escasas orquestas sinfónicas que existían en el mundo. Después fueron el jazz, el rock, la música contemporánea y experimental, tendencias que encontraron su sonido casi ideal en la banda de frecuencia modulada, reinaugurada en 1990.

La nueva frecuencia permitió un reordenamiento de la programación: las franjas musicales y literarias pasaron al FM, mientras que la frecuencia de amplitud modulada se dedicó a nuevos programas de carácter social y educativo, para propiciar mayores encuentros entre saberes y una proyección cada vez más sólida hacia la comunidad.

Siete años antes, en 1983, en la celebración del cincuentenario de la existencia de la emisora, el humanista y defensor de los derechos humanos, Héctor Abad Gómez —quien mantuvo un programa radial en el AM hasta el momento de su muerte—, escribió en su columna periodística:

Ojalá las directivas, el cuerpo profesoral, estudiantes y la ciudadanía en general se dieran cuenta de la enorme importancia potencial que tiene la difusión de la ciencia, del arte y de la cultura por los modernos medios de comunicación masiva y se hiciera el enorme propósito de transformar a la universidad de un ghetto encerrado en una torre de marfil, en un inmenso faro que proyectara hacia toda la comunidad antioqueña las inmensas reservas de conocimientos, sabiduría y servicio que la Universidad ha acumulado en sus años de funcionamiento.

En 1983, la emisora ya funcionaba en las instalaciones del paraninfo. Antes de llegar allí, había pasado por múltiples lugares; desde un local situado en el edificio central de la Universidad, en la plazuela José Félix de Restrepo, en la década de los treinta, hasta un diminuto sitio en el tercer piso de la Escuela de Derecho, en la década de los cincuenta.

Luego pasó a otro tercer piso: el de la Biblioteca Central, solo que esta vez contaba con espacio propio para el radioteatro y con un piano para los conciertos que transmitía en directo. Pero también en esa época, los problemas económicos eran el pan de cada día; como en 1983, los equipos eran obsoletos y las diarias dificultades solo se superaban por el entusiasmo del personal, tal como lo recordaba Héctor Abad en el artículo mencionado.

En los quince años transcurridos desde entonces, algunas dificultades se han ido superando, pero otras permanecen. Tal vez solo podría ser así en una emisora que, desde sus inicios, escogió claramente su rumbo: ser “la otra radio”, la que no tiene afán por las primicias y sí por la difusión de bienes culturales universales; la que explora recursos expresivos, forma generaciones de periodistas en el campo radial y trabaja ininterrumpidamente por la educación y la cultura.

Hoy, a punto de volver a ocupar unas amplias locaciones en el edificio de San Ignacio, que alberga el paraninfo restaurado, y con un proyecto de modernización técnica, la emisora de la Universidad de Antioquia sigue fiel a su propósito inicial de universalidad y servicio a la comunidad, con una programación renovada desde 1996.

Es mucho lo que la emisora ofrece y puede ofrecer a sus oyentes. Incluso si los párrocos de los ya centenares de iglesias de una Medellín cada vez más grande quisieran de nuevo cuadrar sus relojes con los horarios de la emisora, podrían hacerlo sin temor a equivocarse.